

CARLO COLLODI

LAS AVENTURAS DE PINOCHO

Prólogo y traducción del italiano
de Antonio Colinas

Tiempo de Clásicos Ediciones Siruela

Un libro sin edad

¿Sin edad?, se preguntará el lector. ¿O quizá para todas las edades, por hallarnos ante una obra emblemática? Acaso porque posee la claridad y la amenidad de un excelente relato. Tal vez porque ya se ha reconocido como una obra «clásica». O es probable que pensemos así porque su aparente lectura es engañosa y debajo de cada capítulo y de cada línea de este libro haya *otros mensajes*.

Pero podríamos seguir haciéndonos preguntas innumerables sobre esta obra en la que el paso del tiempo no ha dejado mella, ni la ha depositado –por aparentemente ligera y graciosa– en el olvido. ¿Un libro para varios tipos de lectores?, ¿un largo cuento sólo para niños?, ¿una lección para adolescentes?, ¿una sutil narración que hace sonreír y pensar a los mayores? El caso es que hay en el relato de *Las aventuras de Pinocho*, de Carlo Collodi, una amenidad y un dinamismo que lleva al lector a enfrentarse con uno de esos libros que, tras comenzarlo, quisiéramos terminar de un tirón.

No cabe duda de que en esta lectura sorprendente se suele dar un cierto desasosiego o nerviosismo, pues el protagonista del libro –ese niño travieso, «malo», listo, ingenuo, inocente, pillo, bueno– hace reír o entristecer al lector y, las más de las veces, nos somete a un engañoso juego de espejos en el que no nos permite mirarnos con serenidad, es decir, extraer de él un mensaje fácil, cómodo, único.

Ello se debe, en buena medida, a la fértil imaginación de su autor que, ya desde el arranque de la obra, hace de un vulgar trozo de madera un ser humano. Sabemos que Pinocho es, en realidad, un muñeco de madera, un títere en sí mismo y un títere del mundo, pero cómo fijar su personalidad: ¿en el mundo de la ficción o en el de la realidad? Por eso, la pregunta, a medida que leemos, se repite: ¿estamos ante un cuento para niños o ante una obra literaria, con todas las de la ley, para mayores? La respuesta –es sólo mi opinión– ya la he dado: *Las aventuras de Pinocho* es un libro para todas las edades. De pocos libros se puede decir lo mismo.

Carlo Collodi comienza engañando al lector al uso desde el comienzo de la obra, pues ya en la primera línea («Había una vez »), o en la tercera («No, muchachos, os habéis equivocado»), parece sumergirnos en el arquetipo de un cuento al uso. Primero, por esas palabras iniciales que –tópicamente, sí, pero a la vez vivamente– nos remiten al arranque de los cuentos infantiles; en segundo lugar, porque el autor parece dirigirse, con esa alusión a los «muchachos», a un determinado público. Y, sin embargo no estamos ante toda la verdad, porque, a medida que avanzamos en la lectura, vamos viendo cómo afloran en nosotros pensamientos que, acaso por tópicos, yo no debiera recordar, pero que en seguida surgen, inevitables: relato moral, historia con valores, fábula con enseñanzas, narración didáctica...

Porque hay, en efecto, en este libro una dualidad extrema con la que el autor asalta al lector, una dialéctica entre el bien y el mal, más allá de las maneras, del comportamiento de una persona que nace a la vida de la nada: traviesa, sin educación, rebelde, libre. Una dialéctica que Collodi, por boca de Pinocho, nos reconfirma al final del libro, con una frase que ya no pertenece a la ficción, sino al comportamiento de los humanos y, en consecuencia (y sin moralinas), hace que esta historia posea un sentido moral, cívico, educativo: «¡Qué cómico resultaba yo cuando era muñeco! ¡Y qué contento estoy ahora de haberme convertido en un muchacho de bien!».

Es decir, de golpe el autor nos ha hecho sentir a niños, mu-

chachos y mayores como verdaderos muñecos, como títeres de la vida y de ciertos humanos; como seres que, después de los tropiezos y aventuras inconscientes, hemos reparado en el bien, y no deseamos seguir «tropezando». Reconozco que ésta es sólo una de las múltiples interpretaciones que del libro se pueden hacer (que es una fábula moral), pero nos engañaríamos si sólo lo fundamentáramos en esta creencia.

Por eso, también pensamos que tenemos entre nuestras manos un libro que simplemente nos arrebató, distrae y divierte: un libro, sí, de aventuras, en el que pesa mucho la desbordada fantasía del autor y ese ritmo trepidante en el que tanto, tantísimo, influyen las frases breves, cortantes, a veces sólo de una o dos palabras: sus sabrosos diálogos.

Acaso este libro sea una obra maestra también porque es un relato *medular*, sin aderezos ni florituras. En él, el autor rara vez se detiene en descripciones vanas, en la utilización de adjetivos huecos, en remilgos o artificios estilísticos. Collodi desnuda excepcionalmente el lenguaje, lo que le proporciona a éste una sorprendente agilidad y frescura. A la vuelta de una frase o de un párrafo siempre hay una sorpresa. Pinocho –su comportamiento– es el autor de ellas, pero Collodi ha dado con el don de esa desnudez expresiva que abriga la narración.

Ya ve el lector que no estamos entrando en otras interpretaciones respetables, más sesudas o fundamentadas, que han hecho los estudiosos de este libro. Éstas son sólo las opiniones del traductor del mismo. Me alegro, por ello, de haber afirmado en alguna ocasión que es una de las traducciones mías que más aprecio, acaso porque no sólo estaba vertiendo el texto a otra lengua, sino releéndolo con unos ojos diferentes a los de mi niñez. Porque, al hacerlo, sus páginas ahora no sólo me divertían, sino que me hacían sentir y pensar. Un simple y sencillo cuento convertido en una obra maestra: he aquí el gran don de este libro que hará las delicias del lector de todas las edades.

Antonio Colinas

Salamanca, septiembre de 2011

Capítulo 1

De cómo acaeció que el maese carpintero
Cereza encontró un trozo de madera
que lloraba y reía como un niño

Había una vez...

—¡Un rey! —dirán en seguida mis pequeños lectores.

No, muchachos, os habéis equivocado. Había una vez un trozo de madera.

No se trataba de una madera lujosa, sino de un simple trozo de madera del montón, de esas que en invierno se echan en las estufas y en las chimeneas para encender el fuego y para caldear las habitaciones.

No sé cómo acaeció, pero el hecho es que un buen día ese trozo de madera fue a parar al taller de un viejo carpintero que tenía por nombre maese Antonio, aunque todos le llamaban maese Cereza a causa de la punta de su nariz, que siempre se hallaba lustrosa y amoratada como una cereza madura.

Apenas vio maese Cereza aquel trozo de madera, se puso muy alegre y, frotándose las manos de puro contento, refunfunó a media voz:

—Esta madera ha llegado en el momento oportuno y quiero hacer uso de ella para construir la pata de una mesita.

Dicho y hecho. Tomó en seguida su afilada hacha para comenzar a descortezarla y a rebajarla; pero cuando estuvo a punto de darle el primer hachazo, se quedó con el brazo suspendido en el aire, porque sintió una vocecilla extremadamente sutil, que dijo a modo de ruego:

–¡No me pegues tan fuerte!

¡Figuraos cómo se quedó el bueno y viejo maese Cereza!

¡Sus extraviados ojos dieron vuelta a la habitación para ver de dónde podía haber salido aquella vocecilla, y no vio a nadie! ¡Miró bajo el banco, y nada; miró dentro de un armario que siempre estaba cerrado, y nada; miró en el canasto de las virutas de serrín, y nada; abrió asimismo la puerta del taller para echar una ojeada a la calle, y nada! ¿Y entonces...?

–Comprendo –dijo luego riendo y rascándose la peluca–, se ve que yo mismo he imaginado esa curiosa vocecilla. Pongámonos de nuevo a trabajar.

Y cogiendo otra vez el hacha, dio un golpe imponente al trozo de madera.

–¡Ay! ¡Me has hecho daño! –gritó quejándose la misma vocecilla.

Esta vez maese Cereza se quedó estupefacto. Los ojos se le salían de las órbitas por el miedo, la boca se le abría de par en par, y la lengua le colgaba hasta el mentón, como en el mascarón de una fuente.

Apenas recuperó el uso de la palabra, comenzó a decir temblando y balbuciendo de miedo:

–Pero ¿de dónde habrá salido esta vocecita que ha dicho «ay»? Y, sin embargo, aquí no se ve un alma. ¿Habrá sido casualmente este trozo de madera el que ha aprendido a llorar y a quejarse como un niño? Yo no lo puedo creer. Aquí está la madera; se trata de un trozo de madera para quemar, como las demás, y habrá que echarlo al fuego ya que debo poner a hervir una olla con habichuelas. ¿O quizás...? ¿Se habrá escondido alguien en su interior? Si hay alguien escondido, tanto peor para él. ¡Ahora lo arreglo yo!

Y diciendo esto, cogió con las dos manos aquel pobre trozo de madera y empezó a golpearlo sin piedad contra las paredes de la habitación.

Luego se puso a escuchar con el fin de oír si había alguna vocecilla que se quejara. Esperó dos minutos, y nada; cinco minutos, y nada; diez minutos, y nada.

–Ya comprendo –dijo entonces esforzándose en reír y en-

marañando su peluca-, se ve que aquella vocecita que ha dicho «ay» me la he imaginado yo. Volvamos al trabajo.

Y como se le había metido dentro un gran miedo, intentó ponerse a canturrear para darse un poco de valor.

Mientras tanto, dejando a un lado el hacha, tomó la garlopa para cepillar y pulir el trozo de madera; pero, mientras lo cepillaba de arriba abajo, oyó la vocecita de siempre que le dijo, riendo:

–¡Para ya! ¡Me estás haciendo cosquillas en el cuerpo!

Esta vez el pobre maese Cereza se derrumbó como fulminado. Cuando volvió a abrir los ojos, se encontró sentado en el suelo.

Su rostro parecía transfigurado e incluso la punta de la nariz, que siempre tenía amoratada, se le había vuelto azulada por el gran miedo.